

## ***Chamanes y Robots***

**Curada por Ana Gabriela García**

**Ana Alenso, Elisa Balmaceda, Eli Cortiñas, Ivana de Vivanco, Ruben D'Hers, Jakob Forster, Laura Arminda Kingsley, Nicole L'Huillier, Vibeke Mascini, Simon Shim-Sutcliffe, y Chaveli Sifre**  
**26 de agosto – 24 de octubre de 2026**

EMBAJADA se complace en presentar *Chamanes y Robots*, una exposición colectiva curada por Ana Gabriela García.

El rumor del futuro se escucha robótico. Pero otro registro, apenas audible, murmura que antes de inventar máquinas para pensar, inventamos máquinas para creer. Hace ya tiempo que lo artificial habita el cuerpo justo en ese sitio que llamamos falta, ¿o será más bien deseo?

Ahí donde se disputa la posibilidad —y el peligro— de un futuro cada vez más automatizado por nuevas tecnologías, quizá la pregunta no sea si puede el robot soñar, sino qué necesita para hacerlo y por qué deseamos que lo haga, o bien, qué rituales tendremos que inventar para soñar con ellxs. Acaso, como sugiere Roger Bartra, para entender el entramado de un robot no vendría mal escuchar al chamán.

Entre el ritual y el algoritmo, la muestra *Chamanes y robots* se desplaza en ese lugar inestable donde aquello con lo que hacemos mundo también nos hace parte de otro: un cortocircuito que revela cómo las tecnologías que nos han acompañado no son sólo extensiones de nosotrxs mismxs, sino agentes de nuestra propia transformación. Este es un intento por (des)entramar ese cableado de máquinas y ritos que nos habitan, sus mundos y los mundos que junto con ellas y otros seres conjuramos.

Una primera constelación está hecha de amuletos. Augurio de tecnologías contemporáneas, los Amuletos electrónicos de Eli Cortiñas se vislumbran en el espacio. En su llamado por la protección ante la amenaza, reimaginan los sistemas de control y vigilancia que organizan nuestro presente por medio de una calibración de lo simbólico y lo cotidiano. En estas hibridaciones, los amuletos se vuelcan dispositivos cuya función ritual los transforma en talismanes cargados de memorias, deseos y afectos; reliquias tecnológicas que aparecen como restos de un tiempo por venir.

Otras obras desplazan la mirada hacia escalas que desbordan lo humano. La obra de Elisa Balmaceda despliega una suerte de cartografía oracular: un sistema de correspondencias planetarias en el que plantas, rocas y agua permiten leer territorios que no se organizan según coordenadas humanas. Esta relación entre lo más que humano y territorio se extiende hacia las tecnologías del viaje propuestas por Vibeke Mascini, donde rutas migratorias, desplazamientos forzados y movimientos de especies se visualizan a través de dibujos electrostáticos que imaginan, desde la ventana de un avión, el recorrido de una polilla entre geografías distantes. En los ensamblajes de Laura Arminda Kingsley, la cartografía se desplaza nuevamente de escala: microorganismos, anatomías, rostros y antiguas formas de vida emergen en un mismo campo visual, invitando a establecer asociaciones entre aquello que, a primera vista, parecería distante. Cada mirada reorganiza las relaciones entre lo vivo y revela nuevas formas de interconexión. En este cruce, la tecnología aparece menos como herramienta de dominio que como instrumento de escucha: una prótesis casi chamánica para percibir, registrar y modular las señales de una vitalidad que siempre ha estado hablando bajo los pies.

El agua se filtra como otra forma de hacer memoria. Simon Shim-Sutcliffe captura pozos, lagos artificiales e infraestructuras hídricas que permanecen como ruinas del proyecto colonial y, al mismo tiempo, como

lugares donde el agua deslava el paisaje y la historia, inscribiendo sus propios registros sobre el territorio. En diálogo, Chaveli Sifre retoma los motivos de una Venus un tanto familiar, pero cuya simbología reconfigurada celebra otras formas de percepción y conocimiento vegetal para imaginar otras formas de cuidado, donde la belleza y el amor presagian nuevas tecnologías rituales para el nutrir el alma, y lo telúrico resurge como una fuerza sensible a manos de una vaquera galáctica.

Esa pulsación onírica es traída al espacio también como vibración sonora. Nicole L'Huillier juega con frecuencias y aparatos de escucha que transmiten tecnologías sónicas para el descanso y el cuidado: un ronroneo en bajito que se propaga a baja frecuencia y que calibra otros lenguajes para evocar una imaginería aural desde la que los sueños diurnos y los viajes hacia otros mundos se vuelven posibles.

Y, pese a ello, ruge en silencio la dimensión sonora de la máquina que trabaja sin descanso. Aunque también nos habla a baja frecuencia, la máquina de Rubén D'Hers encuentra aquí su reverso: la hiperdisponibilidad de los productos y un sistema en bucle que, para mantener frío su interior, debe liberar calor al exterior: una entropía cuyo caos impregna el entorno.

Esta es también una lectura de la tierra a través de las inscripciones que la propia materia de la tecnología deja sobre ella: los rastros ecológicos de la producción de dispositivos electrónicos, las violencias extractivistas de la minería y las tensiones geopolíticas que atraviesan el ciclo de los materiales. El teléfono móvil de Ana Alenso aparece como prótesis y exocerebro, mutando casi en un ornamento cuyos restos parecen configurar una escritura aún por descifrar. En un registro sincrónico del destierro, la obra de Jakob Forster piensa la cápsula del tiempo como una tecnología de memoria: los metales pesados se convierten en contenedores donde los restos de otro tiempo preservan, transforman y transmiten las huellas de cuerpos, afectos y economías pasadas.

Pero, ¿qué es lo que hace pulsar los cuerpos? La ficción especulativa de Ivana de Vivanco traza una ruta. La simbiosis entre cuerpo y dispositivo imagina formas de orientación construidas a partir de las memorias de la naturaleza: circuitos entramados, que van de la nervadura de una planta al corazón, se transforman en brújulas hacia donde lo vivo nos pide atención. En estas obras, la máquina se vuelve un vaticinio: una pregunta por las condiciones que hacen posible la vida, por aquello que la mantiene en movimiento y por las formas en que todavía podemos aprehenderla.

Puede ser que la espera ansiosa no resida en que las máquinas se vuelvan humanas, sino en comprender que llevamos muchísimo tiempo hibridándonos con ellas. Las relaciones que aquí se ponen en juego dan cuenta, tomando prestadas las palabras de Mary Oliver, de historias que nos rompen el corazón: páramos inestables donde circuitos y rituales participan de una misma alquimia de memoria, deseo, afecto y transformación. Desde las entrañas de la tierra hasta las órbitas del cosmos, desde los algoritmos hasta las membranas de un organismo, los mundos que aquí se conjuran no son porvenires insólitos, sino reconfiguraciones de relaciones que, desde mañana y hasta ayer, ya están aquí. Nos rompen el corazón, sí, pero ojalá para dejarlo abierto a mirar, escuchar y andar.